

INÉS QUINTERO. (2005). *La criolla principal. María Antonia Bolívar, hermana del Libertador*. Caracas: Fundación Bigott.

La primera edición (2003) de la biografía de María Antonia Bolívar escrita por la historiadora Inés Quintero cuenta con tres reimpressiones (dos en el 2004, una en el 2005), que suman un total de once mil ejemplares publicados en Venezuela. Ese excepcional número prueba que en el país sus lectores no son solamente los especialistas. Un ejemplo de ello es el hecho de que esta obra ha servido de base al guión de una serie que la televisión prepara actualmente sobre la hermana del Libertador.

El libro consta de una “Introducción”, a la que siguen tres partes cuyos títulos corresponden, respectivamente, a las tendencias políticas y actitudes sociales en que se mantuvo la biografiada mientras vivió: “Monárquica”, “Mantuana” y “Conservadora”. Cada una de estas tres partes comprende varios subtítulos que organizan el relato de los acontecimientos públicos y privados con los que tuvo que ver “la criolla principal”. Tales acontecimientos se distribuyen según una linealidad cronológica, de suerte que en la primera parte se relatan los episodios de la juventud de María Antonia y, en la última, los de su vejez. Esta composición historiográfica dedicada a escudriñar una existencia personal atiende a unos objetivos de mayor alcance. La historiadora, en efecto, narra la vida de la hermana del Libertador con el propósito de remontarse, desde ese centro biográfico, a la comprensión del proceso independentista y, en especial, del conflicto ideológico que se dio entonces entre los miembros de una misma sociedad o, como en el caso de los Bolívar, entre los miembros de una misma familia.

La historiadora expone en la “Introducción” (pp. 5-14) que lo que estaba destinado a ser un estudio breve sobre el epistolario entre el Libertador y su hermana se convirtió, a medida que consultaba las cartas y otros documentos, en una biografía de María Antonia. La investigación que la respalda se encuentra plenamente justificada dada la ausencia hasta entonces de un estudio en extenso sobre la mantuana. La línea investigativa de este trabajo, a semejanza de otros de la autora, la marca la contradicción que supuso para la elite promotora de la independencia el enfrentamiento con los valores y los principios que esa misma elite había defendido en el pasado inmediato. En el

cercano parentesco entre la criolla defensora de la monarquía y el líder de la independencia, la historiadora encuentra una peculiar ilustración de las discordias a las que estuvo sometida la incipiente sociedad republicana. En efecto, resulta notable la evidencia de que una realista convencida y el jefe de la insurgencia provinieran de un mismo hogar.

En “Monárquica” (pp. 15-51), la primera parte, el relato se extiende desde el nacimiento de María Antonia Bolívar hasta su exilio en Curazao y en Cuba. En los años previos a la guerra, la hermana del Libertador contrajo matrimonio por conveniencia y entabló un pleito con un pariente suyo por la tutela del niño Simón Bolívar. El título de esta primera parte obedece a la adhesión política de la criolla, quien en su oportunidad sufrió las contrariedades de defender los principios contra los cuales había estallado la revolución que encabezaba su propio hermano. Su toma de partido por el rey no daba lugar a dudas. A su hacienda de Macarao, por ejemplo, la convirtió en una guarida de españoles cuando tuvo noticia del decreto de guerra a muerte. Más adelante, en sus cartas a la Real Audiencia escritas en el exilio, referiría este episodio como prueba contundente de su monarquismo. La historiadora cierra esta primera parte con lo relativo al exilio que el Libertador le impuso a su hermana durante la crisis de 1814. La criolla fue enviada a Curazao, pero al poco tiempo abandonó esa isla porque no quería ser confundida con los exiliados republicanos. Temía sobre todas las cosas que su parentesco con el Libertador se interpretara como indicio de republicanismo. Se estableció en La Habana, donde, luego de demostrar su condición de propietaria y de acreedora de rentas en Venezuela, obtuvo una pensión de parte de las autoridades reales.

La segunda parte, titulada “Mantuana” (pp. 53-105), comprende la relación de las ocupaciones y las preocupaciones de María Antonia durante los años posteriores a su regreso del exilio. La pensión que se le había concedido sobre la base de sus propiedades fue suspendida luego de la derrota realista en Carabobo. A este revés de fortuna se sumó el de la muerte de su marido. A Caracas llegó pues con el único cometido de hacer valer sus derechos de sucesión para restablecer sus negocios. No la atraían las circunstancias de un territorio devastado ni el gobierno de un hermano al que detestaba. Sin embargo, enseguida persuadió por carta al Libertador a que le librara un poder para ejercer las correspondientes acciones legales sobre los bienes de la familia. Cuando tuvo en sus manos ese instrumento, empezó a cobrar deudas, a desalojar arrendatarios, a litigar, a demandar. Se enfrentó con varios familiares

morosos y, como epílogo a esta voraz historia de recuperaciones, obligó a Josefa Tinoco, su cuñada, a desocupar con sus hijos la casa de Traposos. Para que estos y la madre no se quedaran en la calle, les cedió la casa de la Cuadra de los Bolívar, a la que por entonces faltaban todos los techos y la mitad de las paredes. Entretanto, María Antonia, atenta a la caridad y a la salud del alma, gustaba fortunas en misas con música, cera e iluminación. En 1826, pocos meses después del desalojo referido, gastó cuatrocientos pesos en misas atrasadas. También en esta parte la autora se ocupa del embrollo en que se convirtió la venta de las minas de Aroa, la propiedad más apreciada de los Bolívar, escribe asimismo acerca de los consejos que la mantuana le escribía al Libertador para que él no aceptara la supuesta corona que le ofrecían, de la boda desigual de su sobrina, de la indigencia de las antiguas mantuanas. El diálogo epistolar que sostuvieron la mantuana y su hermano durante los años que antecedieron al desmembramiento de Colombia ofrece las informaciones con que acaba esta segunda parte.

La tercera parte, “Conservadora” (pp. 107-158), se abre con la reacción contra Simón Bolívar desarrollada a fines de la década de 1820 y sostenida durante toda la década siguiente. Al odio fomentado contra el Libertador siguió, según la lógica contradictoria de las pasiones y de la historia, la apoteosis de su nombre, la exaltación póstuma sobre la que se sostiene la consabida liturgia bolivariana. La reacción contra Bolívar y la exaltación surgida a propósito de la repatriación de sus restos ocupan esta última parte, la cual también contiene informaciones sobre la rivalidad que se desató entre María Antonia y su hermana Juana por causa de la repartición de la herencia del Libertador. Ambas mujeres, en efecto, ambicionaban obtener la parte más cuantiosa de la herencia, y en el litigio llegaron al punto inverosímil de calcular, con base en puras especulaciones, el valor de una antigua unidad monetaria para liquidar un pago exigido por Juana. Para esto tuvieron que inventar a cuánto equivalían quinientos maravedíes de oro en pesos de 1832, cifra que según los jueces le correspondía en derecho a Juana a la vista de la legislación de Alfonso el Sabio. A este pleito siguieron los otros que María Antonia adelantó contra Juana y, por si fuera poco, contra su propio hijo Anacleto, quien, según su madre, debía pagar todo el dinero que había recibido del difunto Libertador. Asimismo, esta dama se negaba a reconocer la libertad que Simón les había dado a sus esclavos en 1821. Mientras tanto, las hermanas Bolívar habían vendido las minas de Aroa y se habían repartido, no sin discordias, los bienes personales del Libertador. Al fin, en 1833, convinieron renunciar, en una transacción milagrosa, a

todas las demandas surgidas en torno a su herencia.

En la tercera parte, Quintero narra el pleito que tuvo lugar entre María Antonia y un supuesto amante suyo, cuando la criolla contaba con sesenta años de edad. El caso llegó a los tribunales pero su expediente fue destruido. Por eso la historiadora refiere el incidente sin garantizar su veracidad. Luego de la muerte de la criolla, se supo que había tenido dos hijas fuera del matrimonio. A una de ellas al parecer la concibió, en los años previos a la guerra, con un alto funcionario de la Real Audiencia. Estas informaciones personales preceden a una suerte de epílogo en que la historiadora asienta, entre otras cosas, que en la comprensión de la independencia ha resultado hasta ahora mucho más sencillo desentenderse del monarquismo de la hermana del Libertador. La épica independentista supuso de un modo muy poco crítico que la sociedad en que actuaron los próceres miraba con beneplácito el proyecto emancipador. Ha resultado por consiguiente más sencillo ignorar los problemas de tipo social que presidieron la formación en Venezuela de una sociedad republicana.

Entre las fuentes de que se nutre el libro hay documentos de primera mano procedentes del Archivo del Libertador. También se mencionan varias obras del canon historiográfico nacional. Las referencias cuentan con un comentario de índole metodológica en la “Introducción” y también aparecen en forma de notas al final de cada una de las partes del libro. Las conductas y las circunstancias de la criolla se dilucidan gracias a la citación de las fuentes y al cruce de la información que estas proporcionan.

A los especialistas y a los simples lectores Inés Quintero les ofrece en *La criolla principal* una obra que en poco tiempo se ha convertido en una referencia común en materia de historia de la Independencia. Esta biografía coloca al lector al tanto de unos aspectos poco difundidos pero fundamentales en la creación de Venezuela como nación independiente. Asimismo, muestra una maestría indiscutible en la búsqueda y en la recomposición de los datos sobre los que se hilvana el relato.

John Narváez
Universidad Central de Venezuela
john.narvaez@gmail.com